

El fortalecimiento después de la caída

Will Beltrán Varela¹

Soy profesional en administración de empresas. Logré crear mi empresa de la nada, e inicialmente constaba de un portátil, una impresora y un celular. Corría el año de 2008 y durante los siguientes siete años llegué a contar con 25 compañeros de trabajo y una facturación anual de más de mil millones de pesos, pagando impuestos, tres vehículos y sucursales en Santa Marta y Cartagena. De igual manera, hacía presencia en varios puertos marítimos y portuarios, mejorando la calidad de vida de toda la familia Quality.

Recuerdo que mucho antes de que mi vida diera un giro de 180° me preguntaban “¿Por qué no eres profesor?”, y mi respuesta siempre era la misma: “No tengo paciencia”. Faltaba llegar a EPC Santa Marta en calidad de persona privada de la libertad para que me diera cuenta de que sí tengo paciencia y de que puedo aportar en la resocialización de muchas personas que se encuentran en igual condición.

Al poco tiempo de darme cuenta de mi nueva realidad comencé a aprovechar lo que más me iba a sobrar en mi sitio de reclusión: tiempo, el cual desde ese día he dedicado a superarme aún más como persona. Siendo estudiante del Sena, hice una carrera como técnico en producción acuícola, y muchos otros cursos de liderazgo y de sistemas, un diplomado en pedagogía con la Unimagdalena y, de la mano de la docencia como monitor en el CED Sagrado Corazón de Jesús, dejé de cuestionar *por qué* estoy en este lugar para darme cuenta más bien de *para qué* estoy en este lugar.

Escuchar testimonios de personas que abren su corazón y con lágrimas en los ojos al igual que yo me ayudó a entender que la cárcel no es solo para los delincuentes por profesión; es para cualquiera que haya cometido un error; para alguien que estaba en el lugar y momento equivocado; para aquel

a quien se le hace un señalamiento, sea culpable o no. Así se rompieron los paradigmas que yo mismo en el pasado me encargaba de difundir como verdad absoluta, y ahora me doy cuenta de que *ni están todos los que son, ni son todos los que están*.

El señor Martínez, con más de 50 años, ingresó analfabeta, desconociendo por completo lo que era una escuela, y durante su estancia en este lugar aprendió a leer y a escribir. Sin embargo, no se conformó solo con eso; avanzó hasta graduarse de bachiller. Después de los siete años que estuvo en este lugar, salió con una mejor visión de la vida. Su felicidad se le notaba al recibir su diploma de bachillerato. De sus anécdotas rescato una: la de que ahora sí podía ayudar a sus nietos con sus tareas sin salir con las excusas “estoy ocupado”, “no tengo tiempo”, “vaya donde su mamá” porque le daba pena reconocer que no sabía lo que decían esos garabatos.

Para muchos, estar privados de la libertad es sinónimo del final de la vida, el inicio del rechazo social, la terminación de los sueños y de la esperanza, y un cambio drástico en la manera en que te verán, incluso los propios miembros de la misma familia. Tengo cuatro hijos, y a mis dos hijas mayores les es duro aceptar que su padre se encuentra en la cárcel, pero para mi hijo de solo 9 años continúo siendo su héroe. En el colegio, cuando le intentan hacer *bullying* porque su papá está preso, él con la frente en alto habla de las cosas positivas que he logrado en este lugar: “Sí, pero mi papá les da clases a los que están con él, ganó el primer puesto en un concurso de canto y en otro de actuación”. Desde cuando a los 5 años me dijo: “Papá, esta no es una universidad para papás; esto es una cárcel” me ha tocado decirle la verdad todo el tiempo, y por eso se volvió el motor para aprovechar mi tiempo, superándome y dejando huella en quienes me rodean no solo en el campo de la educación, recreación y deporte, sino también en el campo de los derechos humanos. 🍷

1. Interno del Establecimiento Penitenciario de Mediana Seguridad y Carcelario de Santa Marta (EMPSC)